

Para conocer los Estados Unidos de Martí

Roberto Fernández Retamar

En el hermoso obituario que a raíz de la muerte de Martí le dedicara Rubén Darío en *La Nación*, de Buenos Aires, y recogió luego en su libro *Los raros*, el gran poeta nicaragüense (que lo consideraba «Maestro» y a quien aquél llamó «hijo») afirmó: «Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas. [...] los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real.»¹ Darío se refería a las crónicas que Martí escribió para *La Nación* (como lo hizo igualmente para otros diarios y revistas sobre todo hispanoamericanos, pero también estadounidenses). Y su referencia era lógica, pues si Martí fue esencialmente una criatura moral, un revolucionario político y un poeta, entre las profesiones que ejerció para ganar el sustento, aunque estuvieran otras como las de maestro y diplomático, descolló la de periodista: y a ella llevó rasgos fundamentales de sus demás facetas. Según recordó Arrom en su «Liminar», Pedro Henríquez Ureña pudo decir de la obra martiana que es «periodismo elevado a un nivel artístico que nunca ha sido igualado en español, ni probablemente en ninguna otra lengua». Y dentro de su cuantioso periodismo, el país al que incomparablemente dedicó más espacio fue los Estados Unidos, donde vivió desterrado la mayor parte de sus últimos quince años. Andrés Iduarte, después de reconocer que «Sarmiento es el hispanoamericano que más ha admirado a los Estados Unidos y el que más actuó en su patria con la lección aprendida en ellos», señaló:

¹ Cf. Rubén Darío: «José Martí», «Dossier», de esta obra. En adelante, cuando mencione trabajos, si no ofrezco otros datos es porque ellos aparecerán en las secciones «Historia del texto», «Lecturas del texto» o «Dossier», de este tomo.

El caso de Martí es muy diferente: sus críticas a Norteamérica son mucho mayores y más numerosas; pero, al mismo tiempo, su vida y su obra están más cuajadas de Estados Unidos que la de cualquier otro hispanoamericano. Con toda su veneración y su seguimiento de los rumbos del país del Norte, de su empeño en conocerlos y en aprovecharlos para bien de la Argentina, Sarmiento está fuera de ellos y desde fuera los ve. Más exactamente, los mira desde lejos, aun cuando viva en ellos: desde más lejos de lo que él supone. En tanto que, a pesar de todos los reproches que Martí les hace, sobre todo en la última época de su vida, nadie en Hispanoamérica está tan dentro de ellos y ningún otro hispanoamericano ha hecho tanto como él a favor del conocimiento y el prestigio de la vida intelectual norteamericana en el mundo de habla española. Maneja todo lo norteamericano, sus bienes y sus males, como cosa propia.²

La presente obra reúne las páginas que Martí escribió sobre (y en) los Estados Unidos. Antes de radicarse en el país, ya se había referido a él en textos que redactara en España y México. Pero tales materiales carecían de las vivencias directas que alimentan a los que conforman este libro. Y si bien no es la primera vez que, en las varias ediciones de sus llamadas *Obras completas*, esa recopilación se ha acometido, en esta ocasión es mucho mayor el número de dichos materiales.

Entre 1881 y 1892 (fecha esta última en que se dio de lleno a preparar la Guerra de Independencia de Cuba), Martí mostró cómo eran de veras, asumidos y analizados desde dentro, los Estados Unidos. Lo hizo, viéndolos con ojos de lo que llamó «Nuestra América» (como lo aborda en su trabajo David Lagmanovich y lo reiteran otros autores), cuyos lectores eran los destinatarios inmediatos de sus crónicas. Susana Rotker ha estudiado la naturaleza de tales crónicas, difundidas en su época por una veintena de importantes periódicos. En ellas, Martí hizo encarnar la norma a que se refirió en su crónica de 23 de junio de 1887 «México en los Estados Unidos. Sucesos referentes a México»: «Para conocer a un pueblo se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: ien sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus poetas y en sus bandidos!» El genio múltiple de Martí, su sed de saber, su identificación «con los pobres de la tierra» encontraron una atalaya privilegiada en el Nueva York de finales de aquella centuria. Si Walter Benjamin dijo que París había sido la capital del siglo XIX,³ Martí vivió en Nueva York cuando se aprestaba a ser la capital del siglo XX. Ello contribuyó sin duda a darle a la obra y al pensamiento

² Andrés Iduarte, *Sarmiento, Martí y Rodó*, La Habana, Academia de la Historia de Cuba, 1955, p. 20.

³ Walter Benjamin, *París, capital del siglo XIX*, traducción y notas de Miguel González y José Emilio Pacheco, México, Imprenta Madero, 1971.

martianos su dramática modernidad, como ha observado Ivan A. Schulman, si bien Martí proyectó una modernidad otra que la que contempló en aquel país. Y como él no tuvo de la cultura una concepción enteca sino profundamente vital, fue el veedor formidable de la cultura de unos Estados Unidos que entonces se desperzaban en los más variados aspectos. A menudo se trató de vívidos retratos que llevaron a Manuel Pedro González a llamarlo «A Plutarchian Portrayer». Se referían a escritores, pensadores y oradores, luchadores sociales y políticos, militares, filántropos, inventores, bandidos, seres curiosos. Pero el grueso de sus trabajos sobre los Estados Unidos no lo forman textos sobre individualidades, sino sobre hechos: construcciones, fiestas, acontecimientos naturales, huelgas, conflictos raciales y religiosos, partidos políticos y campañas electorales, las amenazas de monopolios y banqueros, la vida mísera de los trabajadores, reuniones y desfiles obreros, programas pedagógicos y centros de estudios, congresos científicos, exposiciones de obras de arte, reses y flores, obras de teatro, libros, revistas y lecturas, inventos, modas, deportes, circos, bodas, restaurantes, dos mudos que se despiden, la belleza de una locomotora, un romance de oropéndolas. Gail y Gerald Martin han diseñado el ámbito de los Estados Unidos en que vivió Martí, y en los cuales nada era demasiado vasto ni demasiado pequeño para él, cuya insaciable curiosidad se sustentaba de los clásicos, las últimas novedades políticas, literarias, artísticas, científicas, el sentido democrático y factual de la gran prensa norteamericana de su tiempo (sólo después de su muerte aparecería la «prensa amarilla»), aunque no siempre coincidiera con ideas allí defendidas. Dentro de este «diorama» que son «los Estados Unidos de Martí», para valernos de palabras citadas de Rubén Darío, Ana Cairo se detiene en la política; Pedro Pablo Rodríguez, en lo que el propio Martí llamó «la batalla social»; Anne Fountain, en los escritores; Adelaida de Juan, en el arte y el entorno de Nueva York. En la sección «Dossier» aparecen ejemplos de las recepciones que han merecido, durante más de un siglo, textos martianos sobre aquel país.

Para sus conciudadanos de la patria grande bolivariana, Martí desplegó el espectáculo de la emergente potencia vecina, en sus virtudes y en sus ejemplos, en sus defectos y en sus riesgos. Tuvo ojos justicieros para todos. Y cuando comprendió que los segundos aumentaban, y por añadidura amenazaban a su América, y en especial a su patria chica, Cuba, no ocultó su preocupación ni dejó de combatirlos. Aunque algunos prefieren señalar «aquel invierno de angustia» (al que se refirió en el prólogo de sus *Versos sencillos*) cuando entre 1889 y 1890 se celebró en Washington la primera conferencia panamericana, se ha repetido que su radicalización se había hecho ya visible a partir de los sucesos de Chicago, en 1886, y su trágico desenlace al año siguiente. Es significativo que tales sucesos y tal desenlace influyeran también en radicales norteamericanos como Mark Twain y William Dean Howells. En todo caso, al final de su

vida Martí estaba inocultablemente alarmado a propósito del curso tomado por los Estados Unidos. Lo que también les ocurría a figuras como las citadas y muchas otras de ese país cuyo destino no podía serles ajeno. Como tampoco para Martí, quien, sin dejar de ser inequívocamente ciudadano de nuestra América, en cierta forma se había vuelto uno de aquéllos. De ahí que su obra, aunque paulatinamente, esté siendo reconocida, también, como integrante del patrimonio cultural de lo mejor de los Estados Unidos. Si Harold Bloom lo ignoró del todo en *The Western Canon...* (Nueva York, Harcourt Brace and Co., 1994), muy otra es la actitud de quienes toman en serio las exigencias del multiculturalismo en ese país. Así se ve en obras como la de José David Saldívar *The Dialectics of Our America* (Durham, Duke Univ., 1991), la *Encyclopedia of the American Left* (ed. por M. J. Buhle, P. Buhle y D. Georgakas, Urbana, Univ. of Illinois, 1992) o *The Heath Anthology of American Literature* (Paul Lauter ed., vol. 2, 2ª ed., 1994). Al presentar en esta última el ensayo seminal de José Martí «Nuestra América», publicado originalmente en Nueva York en 1891, Enrique Sacerio-Garí escribió con obvia alusión al libro de Allan Bloom *The Closing of the American Mind...* (Nueva York, Simon and Schuster, 1987): «Este ensayo todavía puede abrir mentes [norte]americanas».